

El Sudor del Obrero

Organo de las Sociedades Obreras y de la Coalición Republicana Socialista

SE PUBLICA 4 VECES AL MES

GRATIS A LOS SOCIOS

Redacción y Administración:

J. NAVARRETE, NÚMERO 44

No se devuelven los originales.

A nuestros lectores

Causas ajenas á nuestra voluntad, han impedido una vez más que EL SUDOR DEL OBRERO no haya visto la luz pública siquiera con relativa regularidad.

Por obreros manuales redactado y sostenido este modesto periódico, es indudable que cual columna termométrica que aplicada á un paciente denota las alternativas de la enfermedad, así mismo en nuestro periódico se ha reflejado en sus varias interrupciones nuestra carencia de intelectos.

Mas... hoy que tenemos motivos para enorgullecernos, por cuanto que un algo pesamos en la opinión pública, prometemos formalmente de imponernos el sacrificio de cumplir con creces el compromiso que voluntariamente hemos contraído y en justa correspondencia esperamos que por compañeros y amigos nos sean dispensadas nuestras anteriores faltas.

LA REDACCIÓN.

Enfermedad grave

No están, no, desprovistos de razón los que se escandalizan ante las repetidas faltas de asistencia de concejales á las sesiones que nuestro Municipio celebra y todos por enfermedad.

Heredia está peor, Galarza delicadísimo, los Portillo y Maraver de remate, y los demás es seguro han de sufrir afección más ó menos aguda, siendo raro que no padezcan acceso de ninguna clase los Sres. Varela,

Barba, Quijano, Sánchez Robledo, Franco, Velázquez, Sucino ni Martínez, y si tampoco del todo está malo Muñoz Seca, se comprende, que al fin y al cabo éste es médico y el médico está para asistir á los enfermos y no para enfermar.

Lo que no se comprende es cómo el señor Muñoz Seca no haya ensayado un buen tratamiento médico con sus compañeros, en evitación de que el contagio siga, y hoy uno, mañana otro, cual devastadora epidemia que en el campo de la Monarquía encontró terreno abonado para su propagación, vayan cayendo, hasta el punto que hemos visto solo en sesiones al Sr. Varela, Alcalde monárquico, presidiendo lo que pudiéramos llamar una velada de conjunción republicana-socialista, pues solo esas minorías son las que hasta ahora vienen cumpliendo con su deber.

¡Ah!, en varias sesiones hemos visto al Sr. Martín Bejarano; pero ¡ay!, que ya sabemos todos que este señor es como el loro del cuento: va donde lo llevan los deseos de su indiscutible jefe el liberal (?) Sr. Heredia.

Nuestros humanos sentimientos nos hizo indagar la causa que la tal epidemia producía, y para ello consultamos con un médico amigo, quien nos manifestó que lo que han padecido y padecen esos señores Concejales es un *entero-colitis*.

No entendemos eso—repondimos—y se nos contestó que *entero-colitis*, es lo mismo que enteritis solo que interesa el colon; y el propio amigo nos explicó que estando el colon al nivel de la vejiga de la biliar, esa inflamación puede tener por origen los alimentos irritantes.

Ante tan clara explicación comprendimos en el acto el mal de esos concejales, esto es, que con los alimentos irritantes de la derrota electoral y sin

jugo gástrico para digerir ciertas cosas y no servirles para nada los medicamentos Laviña-Peman, su enfermedad es incurable y por ello debemos de someterlos en evitación del contagio y para su alivio ó total curación, si posible fuera, á procedimientos radicales.

Y para ello queremos consultar el caso con el Dr. Roncalés, porque entendemos que ha llegado la hora de aplicar la fórmula que él no ignora y nosotros encontramos en la farmacopea y cuya receta es:

«Art. 383. El que rehusa ó se negare á desempeñar un cargo público ú de elección, sin presentar excusa legal, ó esta fuera desatendida, incurrirá en la multa de 150 á 1.500 pesetas.»

Y después de lo antedicho hacemos nuestra la inscripción del escudo inglés que dice: «Mal haya quien mal piense», que nosotros somos muy modestos para ser periódico de cámara y muy dignos para no consentir por nada ni por nadie que se pretenda jugar á la pelota con nuestro querido pueblo.

UO PRACTICANTE.

Arañazos

La cola del célebre cometa Halley ha influido de tal manera en nuestra atmósfera y ésta en nuestra naturaleza, que en pocos días hemos visto como ciertos caballeritos de diferentes tendencias políticas, han pasado de un bando á otro, imitando sin duda al cometa en su paso por delante del astro sol.

Uno de estos *cometillas* fué en otro tiempo admirador del insigne Blasco Ibañez como literato y como político; y era tal su *locura* por demostrar sus radicalismos, que tomó por urinario público á un convento de monjas y en otra ocasión se puso al frente de las masas para incendiar el colegio de los padres jesuitas.

Mas como en este mundo todo lo arregla un buen arrepentimiento, este buen señor se arrepintió; se coló en el colegio y no paró hasta que echó á la calle á otro que al fin y al cabo era de su misma profesión y vivía con menos hipocresia que él.

Pues bien, este caballero ó lo que sea, ha sido también de los que le ofrecieron el banquete al señor Gómez y de los que acataron por lo tanto la jefatura de dicho señor en la política maurista en la provincia.

Yo no sé si el señor Gómez lo conocería de atrás, cosa que no tendría nada de extraño, en quien con tanta facilidad muda de camisa; pero lo que sí sé, es, que con un par de docenas de estos consecuentes, ya tiene hecha su carrera Gómez ó se vuelve loco Gómez.

* * *

También el barbero del cielo se encuentra comprendido entre los imitadores del cometa, y envilecido sin duda, de que otros más modernos que él en la casa grande progresen en política y sus trabajos de zapa, se ha vuelto también la camisa, (esto es corriente) y le ha escrito á don Jaime según dicen en estos ó parecidos términos:

«Señor: El que hasta aquí ha sido vuestro más consecuente y leal vasallo, tiene el alto honor de poner en vuestro real conocimiento, que hartó de hacer por tanto tiempo el papel del oso que es lo que hacemos todos los carlistas menos vuestro magistral que es un vivo, he resuelto abandonar la clásica chapa emblema del partido, é ingresar en el del señor Maura, de este gran hombre que colmó de gloria á su patria asesinando á Ferrer el impío.

Yo también contribuí á la suscripción iniciada para regalar una espada de honor al tribunal que le juzgó, y con estos méritos propios ingreso en el referido partido.

Sé que por esto he de merecer vuestra excomunió, pero no importa; más me dicen por aquí y lo aguanto, y lo mismo sobrellevo que me llamen arco iris que barbero del cielo, etc., etc.»

Y es lo que yo digo, lo mismo se hace él barbero conservador, que se hace anarquista en el momento en que le quiten los diez reales.

Es mucha la fuerza de atracción que tiene el estómago de un barbero exrepublicano, excarlista y hoy conservador.

* * *

Y vaya otro botonazo: Según nos aseguran testigos presenciales del hecho que vamos á relatar, el señor ca-

pellán del Penal, que es hombre de pelo en pecho, insultó y amenazó, no como sacerdote, sino como hombre, á unos cuantos campesinos por el solo hecho de no haberse descubierto al paso de la procesión.

Esto parecerá bien á muchos por aquéllo de que el que no quiera ver procesiones debe evitar su encuentro: pero si á esto añadimos que los referidos campesinos si bien no se quitaron el sombrero, hincaron su rodilla en tierra como la mayoría de los que le rodeaban, se comprenderá fácilmente que lo hecho por ellos era debido á su ignorancia y nunca al deseo de hacer alarde, por cuya razón debieron ser tratados por el curita del Penal de manera más digna de la que usó éste que como muchos se llama ministro de Jesucristo en la tierra.

Yo creo que tal vez estuviera el curita de mal humor por venirle la suerte contraria en tute ó en el billar; porque han de saber ustedes, que el susodicho curita se pasa las horas que debiera estar rezando, jugándose las peras en el Círculo Mercantil.

Y lo que hay es, que no jugar *Padre*, porque el que trata de limpiar el bolsillo ajeno, se expone á que le limpien el suyo.

Conque, Padre, á rezar.

EL GATO.

Los Sres. Portillo y Angel Martínez

Con hartó sentimiento mío, escribo estas mal hilvanadas cuartillas, que si bien no están gramaticalmente hablando dentro del idioma castellano, están dentro de otro más hermoso y mucho más elocuente, porque están escritas con el corazón y empañadas por las lágrimas que acuden á mis ojos por la perfidia y la inconciencia de unos cuantos que han visto en mi conducta un defensor de los señores Portillo, y no de compañero que ante todo y sobre todo trata de elevar su centro social hasta el extremo de demostrar á los que nos consideran indignos de intervenir en la cosa pública, que aunque vestimos blusa y calzamos alpargatas, podemos dar lecciones de caballerosidad y de hidalguía á muchos de los que cultivaron sus inteligencias en Institutos y Universidades,

No creí jamás que los señores Portillo nos visitaran y acaso algunos de los que me dispensen el honor de leer-

me, recuerden que lo he dicho en varias partes; pero en el momento en que un compañero me dijo que uno de los señores Portillo iba con su aporador para nuestro Centro, me dirigí á él y supe por alguien que me merece entera confianza, que se trataba de alterar el orden en nuestro domicilio por elementos ajenos á nosotros y quién sabe si con la sana intención de desprestigiarnos como hombres de orden, dando con ello motivo para que interviniera la autoridad, á quien no se le había pedido permiso para la celebración de un acto público.

Ante este estado de cosas me avisté con los representantes de las distintas sociedades, domiciliados en nuestro Centro, para que nombraran comisiones que se entendieran con el señor Portillo, sin perjuicio de darles cuenta detallada á los demás compañeros, de nuestra entrevista.

A todos les pareció bien lo propuesto por mí y salí á la calle á participar al señor Portillo que se hallaba en la puerta de la casa, acompañado de un dignísimo compañero mío, los cuales asistieron y aprobaron lo propuesto por mí.

Inmediatamente subí á nuestro salón de actos é hice saber á cuantos en él se encontraban, que el acto era privado y no público, con el exclusivo fin de que se retiraran los elementos extraños á nosotros, mas nunca los que pertenecían á la casa como creyeron algunos de los nuestros.

Con el fin de despistar á los curiosos que en la calle se encontraban y darles tiempo á que fueran retirándose, el compañero que acompañaba al señor Portillo, propuso que diéramos una vuelta por la manzana y al llegar á la calle Correo invitamos al señor Portillo y á sus acompañantes, á tomar café que pagamos nosotros, entendiéndose bien, nosotros y nunca el señor Portillo, que trató de hacerlo.

Después de esto, todos saben lo ocurrido; establecimos un tribunal donde los obreros iban á juzgar al patrono que sometía su conducta á nuestro bando.

¿Creían algunas que el señor Portillo iba á salir por el balcón?

¿Creían algunos que nosotros ó yo, mejor dicho, representante de la Agrupación, podía consentir que se le

faltara al respeto á quien llámese como se llame, se somete á nuestro criterio?

La Agrupación socialista representante por mí hoy, mañana por cualquier otro compañero, sabrá demostrar á nuestros enemigos que si bien nos falta cultura, nos sobra nobleza y dignidad para atender á los que llegan á nuestra casa.

Si esto ha sido visto por algunos como motivo de censura, y por otros como materia á propósito para dar rienda suelta á la mentira y la calumnia, no me importa; allá cada cual con su conciencia: la mía está tranquila, y lo que es más, garantida por la absoluta confianza de mis compañeros.

A ver si pueden decir otro tanto quienes solo gozan haciendo daño á quienes saben conducirse con más vergüenza y dignidad que ellos.

ANGEL MARTÍNEZ.

¡Oh, las escuelas laicas!

No nos pudieron convencer de lo inmoral, de lo pernicioso de la instrucción laica, ni los oradores que tomaron parte en el mitin que contra esa enseñanza en esta se diera no ha mucho tiempo, ni la hoja que recientemente publicada y profusamente repartida por los seráficos varones hijos del cojo Loyola (¡lagarto!), que tanto se preocupan por la salud de nuestras almas.

Refractarios por temperamento á ciertas credulidades, no admitíamos, no podíamos admitir casi porque sí, el juicio del Tribunal del Sena; incrédulos, necesitábamos para convencernos, hechos tangibles, oculares, que no dieran lugar á dudas, y héte aquí que el sumo Hacedor, la sublime gracia, la divina providencia, etc., etc., percatada como no podía menos, de lo más recóndito de nuestro pensamiento, parodiándose á sí propia en aquello de «hágase la luz», para que esta llegue á nuestras romas inteligencias, dispone que en el «colegio laico» del Puerto de Santa María, se dé el espectáculo educativo que, infiltrándose en la tierna inteligencia del adolescente, lo predispone á ser la materia que dicen dijo el célebre Tribunal del Sena.

Estuvimos, no estamos, como diría cualquier novelista al uso, en 25 de Mayo de 1910, víspera del día en que la católica iglesia celebraba la fiesta de Jesús sacramentado, de aquél que para los niños desbordó el caudal de sus amores, y en ese día, ¿cuál más apropiado?, sus inescrutables designios nos condujo á la realidad intangible, llevó á nuestra mente por hechos realizados la convicción absoluta de que vejetábamos en el error, al par que nos desposeía del orgullo, pécora de la humanidad, al fin de que entonáramos el *mea culpa*.

No te impacientes lector amigo y compañero querido, por conocer el caso que nos ha arrobado en tal éxtasis; deja que nuestra imaginación se desprovea, siquiera sea por un momento, de la visión celeste que embargada la tiene, y entonces, entonces con nosotros gritarás: ¡Hosanna!

Vamos, aun cuando no sea más que por poco tiempo, á trasladarnos al colegio *laico*, ¿laico dije?, pues protesto, que no soy capaz de ofender el humano sentir; vamos, repito, al colegio que las hermanas carmelitas tienen establecido en esta ciudad.

Ved con nosotros cómo sobre una de las bancas de estudio dormita la niña de cuatro años Milagros Gutiérrez y Gutiérrez; el rojizo color de sus mejillas y su respirar agitado, no dejan lugar á dudas á la más crasa inteligencia, de que la niña se halla doblegada por la fiebre; y ved con nosotros, cómo una Sor, lástima de Sor, se llega cautelosa, como si no quisiera turbar un sueño que creyera reparador, y, zás, vuelca sobre la calenturienta cabecita el jarro de agua fría que en la mano llevara.

Fríos como el agua que la Sor volcara sobre la infantil cabeza, habréis quedado, queridos amigos, ante tan frío desenlace, que con nosotros os daréis cuenta del sublime «despertar» obligado por una piadosa enseñanza, que al producir la hilaridad en el resto de las educandas, deja en sus tiernos cerebros gérmenes inquisitoriales.

Colorario: quien no supo ó no pudo comprender á la naturaleza y de ella abominó con el celibato, las que por ello no han conocido los dolores y contentos que la maternidad producen, lo

menos que pueden hacer es echar un jarro de agua fría sobre un cuerpecito enfermo.

F. T.

No, no y no.

Es el miedo en grado superlativo el que nos obliga á lanzar á los vientos de la publicidad los tres categóricos *no*, reveladores de nuestra impotencia y que sirven de epígrafe á estas líneas.

La actitud napoleónica de los machos, acicatada por hembras capaces de excluir á la zaragozana heroína, nos amilanó de tal manera, que como inofensivos gazapos hubimos de refugiarnos en nuestras respectivas *madrigueras*.

Por ello no *podíamos* responder á los provocadores gritos; pero la banda municipal tocó en el Parque.

UNO QUE NO ES DE ANTES.

Una visita á la "patria chica"

No soy partidario de ella, porque el obrero no tiene más patria que en donde gana el pan, no donde nace al azar, y sin embargo, cuando se pasa tiempo sin ver al pueblo en donde uno formó su cuerpo y espíritu, creó amistades, y más que todo, se exhibió en las luchas políticas y societarias, qué deseo y qué gana entra de pasear la «presonilla», sobre todo cuando esta ha echado algunos kilos de más y por consiguiente, ha estirado el pellejo, flojo siempre cuando se ahorra pan.

Esto que siente todo mortal, también entra en mi *yo*, y véase por dónde si los recursos estuvieran al nivel de los deseos, no sería un tren carreta el transporte, sino un sud-expreso ó un globo, ya que los aeroplanos por ahora no dan más que disgustos.

Dicho lo que antecede, ningún día mejor para hacer la excursión al pueblo de su naturaleza que escoger el primero de Mayo, hoy para los obreros fiesta del Trabajo, y que andando el tiempo será la primera y más entusiasta fecha que figure en el calendario de los trabajadores, porque á ella deberemos el resurgir de nuestros anhelos de redención económica y moral.

Pues, sí; el primero de Mayo, ya

día solemne, fué para mí de gran satisfacción, como lo fué el anterior; al ver que en el Puerto no decae el ánimo de los que sudan en las faenas rudas.

Sensible es ver el aspecto que pueda presentar la población en su decadencia material é indigna en lo que respecta á sus administradores, por el abandono en que la tenga, como mete coraje en que la burguesía por su egoísmo no se fije más que en sus intereses de clase extra; pero consuela y fortalece á todo corazón animoso ver en lucha constante á un proletariado que, si se encuentra en su *exterior* las mismas señales de incendios que se ven en los inmuebles, tiene en cambio un *interior* todo lleno de grandes deseos nobilísimos, por lo que hacen que el Puerto de Santa María tenga hoy en asuntos sociales, la misma resonancia que tuvo en la época de las «revueltas».

Trabajar por levantar el espíritu á toda idea de progreso, como por desterrar esa «tradición de nuestros mayores», por la que se somete á la criatura á las más vergonzosas humillaciones, es digno del proletariado portuense, es un heroísmo grande, porque no se cuentan con más armas que las del sacrificio y abnegación que siempre vienen acompañadas por la expatriación y los sinsabores.

Hurra, qué digo, hurra; todo lo que halla de más noble en nuestros pechos merecen los obreros que política y societariamente luchan en un pueblo donde se alberga un nido de alacranes, como es el Convento del Cojo, en donde se castran á todos los que con ellos se relacionan.

ANASTASIO RENATO.

Sevilla 4-5-1910.

Noche angustiosa

ENSUEÑO

(Conclusión)

Llevar al calabozo á este hereje y salgamos pronto de él, dijo uno de los jesuitas, y á empellones me condujeron á un subterráneo en el que me arrojaron á él.

Ni los golpes recibidos, ni la caída que acababa de darme, causaban tanto

dolor como el recuerdo de mi familia.

¿Qué habían hecho de ellos los criminales que quedaron allí?

Una cama que había en el calabozo y de la que salían un sinnúmero de lucecitas, me hizo comprender que aquel aparato infame se utilizaba para atormentar y matar, como á los infelices que ví en las angarillas; aterrizado me aparté y me fuí hacia la puerta de mi encierro; me puse á escuchar y un estremecimiento atroz se apoderó de mi cuerpo al oír lamentos dolorosísimos mezclados con insultos y risas burlonas.

¿He de morir yo cobardemente por manos de estos monstruos sin entrañas? No; es preciso luchar con estos verdugos sin conciencia; para esto preciso es romper los cordeles que los brazos me atan, y contra el quicio de la puerta me puse á refregar las ligaduras que tanto me atormentaban; un gozo incalculable recibí al sentir que el cordel crujía y mis brazos no estaban tan oprimidos como antes lo sentía; pero mi idea no la pude terminar; sentí pasos, se abre la puerta y aparecen un jesuita con un crucifijo en la mano, cuatro legos, mi mujer y mis tres hijos; éstos se abrazan á mí derramando copiosas lágrimas; el del crucifijo puso orden diciendo que el tribunal de la Santa Religión Católica, Apostólica, Romana, nos había condenado á morir en el tormento y que yo tenía que presenciar los martirios de todos antes de morir, para que así fueran mis sufrimientos mayores.

Estas palabras produjo en nosotros un efecto aterrador.

El que tenía la cruz dió orden para empezar aquel acto inquisitorial; aquellos cuatro monstruos, aquellos desnaturalizados se arrojaron sobre mi hijo, que espantado por tanta crueldad no cesaba de llorar y temblar; yo lo defendía con la boca y con las piernas, únicas armas de que podía disponer, pero inútilmente, aquellos malvados me lo arrebataron.

¡Hijo, hijo mio, hijo de mis entrañas, ¿qué has hecho tú para que así te maten!, exclamó su madre llena de dolor, y cayó sin conocimiento al suelo, rodando con el niño más pequeño que tenía en los brazos. Mi hija, con los ojos desencajados, temblaba y lloraba sin consuelo abrazada á su madre. Yo entre tantos sufrimientos hacía todo lo posible por acabar de romper la cuerda que me aprisionaba; un ¡ay, papaito, papaito, ven que me matan!, que con tanta pena y dolor dijo mi hijo, me destrozó el corazón y causó tal estremecimiento en mi cuerpo y me dieron tanta fuerza estas palabras de mi hijo, que al sentir chirrear en el fuego las carnes de aquel inocente, rompí el cordel que mis brazos sujetaban; al verme libre me arrojé precipitadamente sobre aquellos verdugos; el jesuita me amenaza con el crucifijo al verme que no tenía las ligaduras; yo, ya ciego de coraje coji el crucifijo para defender á mis hijos con él; el jesuita tira de él y yo también, y cual no sería mi alegría al ver que los brazos que formaban el crucifijo, era la empuñadura de un hermosísimo puñal. Al verme con aquel arma en las manos y dispuesto á atravesar con ella á quien no me entregara á mi hijo, siento fuertes gritos que me llenaban de gozo. De pronto la puerta del calabozo cruje y cae precipitadamente al suelo; aquellas cinco hienas quedan como petrificadas ignorando lo que pasa; una estruendosa descarga de fusilería hace caer en tierra á aquellos verdugos al par que un ¡muera la reacción! y un ¡viva la Libertad! hizo retumbar todo el convento!

Yo dí un salto en la cama; el traquido que en el sueño oí al disparar los fusiles me hicieron despertar.

CLIMACO.